

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

Francisco Rhon Dávila: Director
Director Ejecutivo del CAAP
José Sánchez-Parga: Primer Director 1982-1991
Fredy Rivera Vélez: Editor
Margarita Guachamín: Asistente General

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 30

ECUADOR: US\$. 6

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$. 2

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 568452

e-mail: Caap1@Caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

PORTADA

Magenta Diseño Gráfico

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

Quito-Ecuador, diciembre del 2001

PRESENTACION / 3-4

COYUNTURA

Economía ecuatoriana y tendencias recesivas de la economía mundial / 5-18

Wilma Salgado Tamayo

Terrorismo y antiterrorismo del orden global / 19-36

J. Sánchez-Parga

¿Y después del 11 de septiembre, Nueva York? / 37-40

Anibal Quijano

Conflictividad socio-política: Julio-octubre del 2001 / 41-46

TEMA CENTRAL

Globalización y transmigración / 47-58

Hernán Rodas Martínez

Desde Nueva York a Madrid: tendencias en la migración ecuatoriana / 59-84

Brad D. Jokisch

La diáspora del comercio otavaleño: Capital social y empresa transnacional / 85-110

David Kyle

Radiografía de los primeros inmigrantes ecuatorianos en Murcia (España) / 111-126

Antonio García Nieto Gómez-Guillamón

Los niños de las remesas y traumas de la globalización / 127-154

Jason Pribilsky

Transformando los pueblos: La migración internacional

y el impacto social al nivel comunitario / 155-174

Emily Walmsley

Ecuatorianos en España: historia de una inmigración reciente / 175-188

Emilio J. Gómez Ciriano

DEBATE AGRARIO

Gitanos, magrebíes, ecuatorianos: una segmentación étnica
del mercado de trabajo en el campo murciano (España) / 189-200

Andrés Pedreño Canovas

Consideraciones sobre la migración rural: diáspora, mitimaes / 201-210

Carlos Pérez

ANALISIS

Una agenda social para la integración andina / 211-232

Francisco Pareja Cucalón

CRITICA BIBLIOGRAFICA

No quisimos soltar el agua. Formas de resistencia indígena
y continuidad étnica en una comunidad ecuatoriana: 1960-1965 / 233-236

Ursula Poeschel-Renz

Comentarios: Emilia Ferraro

Terrorismo y antiterrorismo del orden global

J. Sánchez-Parga

El terrorismo es comprensible y explicable sin necesidad de justificarlo, y sólo "racional" sin ser "razonable" a condición de no "autorracionalizarse". Resultado de una despolitización de todos los terrores y violencias del orden global, el terrorismo más que subvertir los poderes legítimos trata de provocar su más extraordinario reforzamiento para que se manifieste el terror de su violencia, cuestionando el monopolio de su legitimidad y la legitimidad de su monopolio. Una espiral de la violencia terrorista y antiterrorista arrastrana al orden mundial de la globalización al estado de la venganza primitiva.

Si son hechos sociales, históricos y políticos, los atentados del 11 de Septiembre no pueden dejar de entenderse desde el nuevo orden mundial de la globalización: este explica tanto el terrorismo y la guerra antiterrorista como estos permiten comprender mejor muchas implicaciones y alcances del orden global hasta ahora no eran suficientemente manifiestas.

"Externalidad" o internalidad" del terrorismo respecto del orden global

El saber sociológico se funda sobre un principio muy simple en su enuncia-

do, aunque arduo y difícil en su práctica: todo hecho social, además de **explicarse** desde la sociedad que lo produce, él mismo contribuye a mejor **comprender** dicha sociedad. Esta, entre otras, es una razón por la cual toda una corriente de pensadores parece haberse resistido a pensar la *violencia* en cuanto hecho social, considerando que se trata de un fenómeno contra lo social, tan radicalmente destructor de sociedad, que ni puede explicarse desde ésta ni tampoco puede interpretarla ¹.

Esto mismo cabría sostener, con mayor razón, todavía sobre el *terroris-*

1 Mientras que para René Girard se trata de una "negación de lo social" (*La violence et le sacré*, Grasset, Paris, 1972), para Hannah Arendt es una negación de lo político, de la misma manera que para G. Sorel (*Réflexions sur la violence*, M. Rivière, Paris, 1946). Yves Michaud interpreta esta corriente de pensamiento considerando que "la noción de violencia es indefinible; es el pensamiento de lo inconceptuable; es decir de la negación de lo social frente a lo social" (*Violence et politique*, Gallimard, Paris, 1976). Sin embargo, Hannah Arendt no deja de señalar que en determinadas circunstancias (?) la violencia se vuelve "la única forma de equilibrar los platillos de la justicia" (*Du mensonge à la violence*, Agora Press Pocket, p. 162).

mo, con el agravante adicional de que cualquier explicación o intento de comprender el terrorismo resultaría aun más sospechoso de justificación y de pretender legitimarlo; cuando, como se verá más adelante, la única interpretación admisible para los enemigos del terrorismo consiste precisamente en la negación de su legitimidad. El terrorismo, supuestamente, relevaría tal irracionalidad, que cualquier posible discurso sobre él se volvería terrorista; desprovisto de toda socio - lógica, tampoco podría ser explicado por la sociedad que lo produce, y por consiguiente ni siquiera se le debería reconocer la condición de **hecho social**. Si ya se consideraba la violencia en cuanto "simplificadora de inteligencia", el terrorismo aparece mucho más y para muchos más como la negación de toda inteligibilidad; nada mejor para calificarlo de "inhumano" o "irracional", aunque en realidad posea sus propias lógicas, símbolos y discursividades.

Según esto, más que un objeto de discurso, el terrorismo sería un tabú mental, que no puede ser pensado. A la alergia de pensar la violencia por parte de algunos pensadores, se añadirían la indolencia y autocensura más o menos irresponsables de tampoco pensar so-

ciológica y políticamente el terrorismo². Mientras que desde Aristóteles hasta Maquiavelo se ha reconocido la presencia de la violencia en la política, también se ha pensado una cierta asimetría entre ambos fenómenos, considerando que la política representa una "eliminación progresiva y sublimación" de la violencia³. Por el contrario, otra corriente de pensamiento, teóricamente más fundada, considera que son precisamente fenómenos como la violencia y el terrorismo, desde el hambre hasta las drogas y el narcotráfico, pasando por las peores corrupciones o perversidades, los que "obligan a un nuevo tipo de mirada sobre lo social, y desde este punto de vista el recurso al término *violencia* más que cualquier otro, atestigua una manera de ver el campo social que no siempre ha estado presente" (ibid.).

El terrorismo en la pugna de racionalidades

El terrorismo no sería en sí irracional sino a partir del momento que el mismo se "racionaliza"; es decir se transforma en estrategia, y cuando el movimiento y dinámica "reactivos" se convierten en "acción concertada. Sólo el terrorismo que se racionaliza se vuelve irracional, ya que deja de ser "razo-

2 Para Alfred Simon el desconocimiento por parte de las ciencias de la cultura de la violencia esencial se encuentra en el centro de la crisis sacrificial, de la que el hombre es actor indiferenciado, a la vez que víctima y sacrificador" (cfr. *Esprit*, abril, 1973).

3 Yves Michaud (*Violence et politique*, Gallimard, Paris, 1978) establece una crítica a todas las posiciones contrarias a la naturaleza política de la violencia y del terrorismo, para fundamentar su tesis sobre la específica politicidad de ambos fenómenos. En la misma línea argumentativa se sitúa Julien Freund (*L'essence du politique*, Edit. Sirey, Paris, 1986), precisando todavía más el concepto de terrorismo con sus precisiones políticas respecto del concepto más general de violencia.

nable"; de igual manera que la lucha contra el terrorismo "más que *lucha* es una expresión de terrorismo y venganza", cuando racionaliza la violencia de sus medios⁴. El mundo de la modernidad, de la razón instrumental tecnológica y del racionalismo económico neoliberal que tan perfectamente distinguen entre una "razón razonable" y la "razón racional", deberían reconocer la razón racional de todo lo que se rige por el cálculo y supedita las otras razones y medios a sus propios fines, así como esa otra razón razonable, deliberativa, capaz de conjugar otras racionalidades, para las que el fin es resultado de todos los medios.

Curiosamente las modernas sociedades actuales (dominadas por el "pensamiento único" y ciertos totalitarismos discursivos o codificados, como el de "fuera del mercado no hay salvación"), parecen haber impuesto la misma censura intelectual a otros fenómenos, contra los cuales el nuevo orden de la globalización habría declarado la guerra: "guerra contra la pobreza" desde hace dos décadas, "guerra contra el terrorismo" desde ayer. Al mismo tiempo que el mundo global externaliza todos estos peligros bajo la figura de enemigos, como si fueran tan exteriores como extraños al mundo global que los produce, simultáneamente se dispensa de comprenderlos y de explicarlos, pero también se exime de buscar las reales solu-

ciones al interior de la sociedad que los produce.

La "externalización" de problemas y peligros es correspondiente al déficit extremo de explicaciones e interpretaciones por parte de un orden global del mundo saturado de informaciones. Para algunos autores esta censura subliminal de todo sentido posee características y alcances terroristas⁵.

La "externalización" de peligros y problemas en la actual globalización no sólo se vuelve particularmente cuestionable, ya que si el terrorismo puede ser **representado** como un atentado y amenaza contra tal globalización, esto mismo obliga a **pensarlo** en cuanto resultado de los mismos procesos de la globalización y producto de los factores que mejor la caracterizan. En otras palabras, si el terrorismo aparece como global y en cuanto desafío de la globalización, es porque participa de la misma globalización y resulta de ella.

Tales problemas y peligros, se convierten en enemigos imaginarios, desde el momento que no necesitan ser comprendidos ni explicados, ni mucho menos resueltos, sino más bien y simplemente eliminados. Cuanto más imaginarios son tales enemigos, y más imponente la maquinaria económico - militar movilizadada en su contra, tanto menos necesidad hay de comprender y explicar la naturaleza de tales peligros y amenazas, y mucho menos sus causas.

4 V.I. Lenin, *Qué hacer*?, II, p. 37.

5 "A falta de símbolos y de sus reglas, vivimos en un *no man's land* mental y ético, factor de desequilibrios y de violencias" (Ph. Engelhard, *La violence de l'Histoire*. Arlea, Paris, 2001: 105).

De esta manera se incurre en la más absurda de las incoherencias: puesto que la causa del terrorismo son los terroristas, es eliminando éstos que se terminaría con aquel; casi la misma lógica domina la "lucha contra la pobreza": si la causa de la pobreza son los pobres, hay que terminar con éstos. Esta lógica tan antipolítica domina el pensamiento moderno y la racionalidad neoliberal⁶.

Esta externalización de problemas y peligros, que evita a la sociedad el cuestionarse, buscar las causas a su interior, para llegar a resolverlas, releva de una extraordinaria coherencia y funcionalidad, ya que es mejor y más fácil (económicamente más rentable y políticamente más ventajoso) pagar y sufrir los daños de tales fenómenos, que modificar las estructuras sociales y el modelo de sociedad que los produce. Y de la misma manera que el nuevo orden económico mundial siempre dispondrá de sumas colosales de dinero, para luchar contra la pobreza, a condición de salvar el mercado y su régimen de acumulación y concentración de riquezas, también el mundo moderno está dispuesto a sufrir y pagar lo que haya que pagar,

para luchar y destruir la causa del terrorismo, sin tener que modificar todos aquellos factores, que en el orden global lo producen y seguirán reproduciéndolo. De ahí que sea preferible destruir todos los terroristas que aparezcan y sufrir todas las consecuencias del terrorismo, que terminar con todos los terrores, que la modernidad económico - política y cultural de la globalización han producido y siguen produciendo en el mundo.

Habría que preguntarse, por qué mientras unas sociedades están predisuestas a cuestionarse a si mismas sobre cualquier hecho, fenómeno o proceso, problema o peligro que surge en ellas, tratando de indagar las causas y razones a su interior, con la finalidad de evitarlos o corregirlos, otras sociedades no se encuentran histórica y culturalmente codificadas, como para poder preguntarse "qué he hecho yo para merecer esto?". Entre otras explicaciones, que en cada caso habría que precisar, no cabe duda que el más espontáneo y habitual recurso a la fuerza constituye un serio impedimento, culturalmente muy arraigado, para racionalizar los problemas y

6 No es terminando con los tiranos, que se termina con la tiranía, insistía Maquiavelo, añadiendo "por un tirano eliminado nacerán mil" (*per uno tirano che era spento, n'erano nati mille: Istorie fiorentine*, II, 39); ya que sólo conociendo las causas de las tiranías, que son siempre las mismas, se puede ponerles fin (*quelle medesime cagione che nascono la maggior parte delle tirannide: Discursos*, I, 40). La misma será su posición respecto de las conjuras: no matando todos los conspiradores, que no cesarán de sucederse, sino "examinando sus causas y ponerles fin" (III, 6). El Banco Mundial y el FMI, que divulgaron el eslogan de "lucha contra la pobreza", siempre supieron cuál era la causa de la moderna pobreza en el mundo: el régimen de acumulación y concentración de riqueza, que ellos mismos promueven desde hace más de dos décadas.

peligros con la finalidad de resolverlos⁷. Lo importante es, poco importan los medios, que “el orden se mantenga y la seguridad se refuerce” (Y. Michaud, p. 120); tampoco importa mucho que el aumento del poderío segregue mayor violencia interna y genere mayor terror en las periferias del sistema. Lo que se sostiene sobre la violencia, es aplicable con mayor tenacidad al terror: “la violencia son siempre los otros”.

Este postulado ideológico de efectos muy prácticos legitima un presupuesto fundamental: “la sociedad se esfuerza en negar su propia violencia” y los terrores que genera. Por eso los enemigos del terrorismo tienden a representarlo tan extraño y extranjero como hostil; sólo así se evita el comprenderlo y explicarlo desde los desórdenes del orden social de la globalización que lo produce. Y esta misma es también una de las principales razones, por las cuales se rehusa pensar el terrorismo en cuanto hecho político; y por consiguiente, para no tratarlo políticamente.

Presuponer que no sea racionalizable, que no sea un hecho social ni por consiguiente objeto sociológico, contribuye a que el terrorismo quede además totalmente despolitizado, para garantizar la criminalización del terrorista, el cual nunca deberá ser reconocido como un enemigo político, al que tratar políti-

camente, ni siquiera un enemigo belico al que destruir, sino simplemente un culpable a quien castigar y ejecutar. De esta manera despiensan el terrorismo sus enemigos.

Dos factores del terrorismo parecen hacer “normal que sea particularmente rebelde al análisis”: el que se presente como “destrucción del orden social” (J. Freund, p. 513) y su victimación de inocentes. Sin embargo, en el caso del terrorismo como en el de la violencia, hay que distinguir entre terror y terrorismo, entre violencia social y violencia instrumental. De igual manera que el análisis sociológico y clínico (y hasta jurídico-legal) se encuentran obligados a establecer las articulaciones entre víctima y victimario, el victimario que ejecuta la violencia, víctima a su vez de la violencia social, así también es necesario indagar las correspondencias entre el terror y el terrorismo en el mundo; entre las diversas variedades y morfologías del terror institucionalmente generado por las fuerzas militares de los Estados y las fuerzas de la oferta y la demanda del Mercado, y los terrorismos instrumentales; entre el “terrorismo confortable” pero mucho más mortífero y masivo de las instituciones y el terrorismo instrumental de los terroristas. Sobre todo cuando hay que suponer una simétrica y proporcional correspondencia entre la vio-

7 Mientras que ante la creciente precocidad criminal de niños que mataban a sus compañeros de escuela, en Inglaterra se llevó a cabo en menos de un año toda una campaña de desarme de la sociedad civil, en EEUU la pregunta fue “qué hacer con los niños que matan”. La solución fue muy simple, adaptando la ley para aplicarla a los niños: en la cárcel llegaban a la mayoría de edad y entonces eran ajusticiados en la silla eléctrica.

lencia o terrorismo institucional y violencia o terrorismo instrumental⁸.

Es evidente que cuanto más violencia impone un orden determinado, cuanto mayor es la violencia con que la dicho orden se impone y cuanto más institucionalizada sea dicha violencia, tanto más violentas todavía habrán de ser las violencias instrumentales que ese mismo orden genera contra sí mismo y desde su interior.

Las clasificaciones de la violencia (institucional, instrumental, bélica, revolucionaria...) tienen por lo general el grueso defecto de dificultar su conceptualización, introduciendo términos equívocos muy tenaces y no fáciles de criticar entre las características y diferencias entre una u otra supuesta forma de violencia y terror. Si el **terror institucionalizado** es también **instrumental**, pues cuenta ineludiblemente con sus propios actores y procedimientos, operadores e instrumentos de terror o violencia, tampoco cabe suponer que en cuanto institucionalizado el terror no es menos destructor que mantenedor de un orden. Hablar de manera análoga de

terrorismo o violencia "revolucionario" y "antitucional" no impide reconocer el carácter institucional e institucionalizador y hasta organizador de un orden, que puede tener el terror más revolucionario. Y de ello la historia se encuentra llena de ejemplos. Por su parte, la guerra es también una violencia institucionalizada, por muy destructiva que sea, y hasta los terrores de la guerra resultan legítimos, aun cuando los tratados internacionales pongan límites al terrorismo militar y bélico; pero en la práctica sólo quien gana la guerra se constituye en juez de "crímenes de guerra". Por último, llamar "reprensibles las violencias que destruyen y no las que reconstruyen" remite a todo un cuestionamiento sobre lo que pueda entenderse e interpretarse por "terror destructivo" y "terror constructivo", cuando el terror no es un asunto de fines sino de medios⁹.

La despolitización del terrorismo

Los enemigos del terrorismo pretenden despolitizarlo, ignorando que el te-

8 Cfr los desarrollos de Julien Freund, que se remontan a los análisis sobre la violencia institucionalizada o instituciones de la violencia en M. Weber (*Wirtschaft und Gesellschaft*, II, iii, & 16), y su cita de toda una moderna corriente de pensamiento que, como A. Camus, detestaba "menos la violencia que las instituciones de la violencia" (*Actuelles*, I, p. 85). Es precisamente el análisis clínico, sociológico y judicial el que descubre que el parricida de 14 años había sido violado a los 10 años por su padre; y remontándose de víctima en victimario habría que descubrir de qué violencia fue a su vez víctima el padre violador. La justicia, que no puede dejar de castigar a los victimarios o actores instrumentales de la violencia, tampoco pueden ignorar la violencia de la que son víctimas. El caso del terrorismo es análogo.

9 En este sentido no parece tan acertada la cita del conocido texto de Maquiavelo, sacado de su contexto: "aquel que es violento para destruir, no el que lo es para reconstruir, debe ser reprehensible" (*colui che é violento per guastare, non quello che é per racconciare, si debbe riprender*: **Discursos**, I, 9).

rorismo pudiera ser la consecuencia extrema de la absoluta despolitización del mundo moderno y de su ordenamiento global. No será el terrorismo el último eslabón y la póstuma consecuencia de un largo y sordo proceso de despolitización de todas las fuerzas y conflictos, de todos los grandes problemas y peligros dentro del nuevo orden global? Según esta hipótesis terrorista, el terrorismo representaría la definitiva y última despolitización de todos los terrores y horrores del mundo moderno.

A la resistencia de los enemigos del terrorismo a pensarlo como un "hecho social", con sus propias "socio-lógicas" añaden su rechazo de reconocerlo como un "hecho histórico", reduciéndolo a la condición de "atentado", al simple acto de un actor; ambos tan al margen de la historia como en contra de la historia, como si el terror hubiera marcado los grandes episodios de la historia. Más aún, nada tiene de extraordinario que los más grandes hechos históricos, aquellos que han cambiado la historia por su particular violencia, hayan sido percibidos por su alto contenido y efectos terroristas, ya que los imponentes poderes investidos en ellos, las fuerzas que los

ejercieron y llevaron a cabo, eran tan enormes como los poderes y las fuerzas que enfrentaban, desestabilizaban o alteraron y terminaron destruyendo¹⁰.

Las acciones terroristas del 11 de septiembre del 2001 en New York fueron un **hecho histórico** no porque tuvieron lugar en la historia sino porque **hicieron historia**: han marcado un antes y un después en la secuencia de eventos, accidentes y procesos históricos, quebraron las duraciones para introducir un cambio; ya nada volvería a ser lo mismo que antes y todo lo ocurrido después quedará condicionado por aquellos acontecimientos; muchos de los procesos y sentidos latentes y que permanecían encubiertos se manifestaron o mostraron una nueva y extraordinaria visibilidad; mientras que muchos actores y sus actuaciones, que ocupaban el proscenio del escenario político mundial, quedaron desplazados a un segundo plano, y no pocos intereses considerados prioritarios han sido postergados o relegados, otras nuevas agendas geopolíticas nacionales e internacionales han cobrado importancia y acaparan las preocupaciones más inmediatas¹¹.

10 Ningún historiador consideró terrorista Alarico por haber destruido Roma y su imperio en el 410, ni a Mohamett II por su conquista de Constantinopla, que en 1453 inaugura la Edad Moderna, ni siquiera Robespierre víctima prematura de "el Terror" que el mismo había institucionalizado para consolidar la Revolución Francesa (1789).

11 Para Merleau Ponty y Hannah Arendt la lectura de Maquiavelo sobre la cuestión de la violencia ha sido el índice de una profunda divergencia entre ambos: para aquel, el reconocimiento de su extraordinario contenido político, y para ésta, su déficit de politicidad. Y el fundamento de esta profunda divergencia "reside sin ninguna duda en el estatuto que asignan respectivamente a la política y la historia, a la filosofía política y a la filosofía de la historia" (Myrian Revault D'Allones, "Peut-on parler philosophiquement politique? Merleau-Ponty et Hannah Arendt lecteurs de Machiavel", en G. Sfez & M. Senellart, *L'enjeu Machiavel*, Collège Internationale de Philosophie, Paris, 2001: 197)

Todo esto prueba que la condición histórica de un hecho es equivalente y correspondiente a su politicidad. Un hecho hace historia en la medida que las fuerzas puestas en juego y los poderes que lo producen se imponen sobre todas las demás relaciones de poder y correlaciones de fuerzas, que aseguran las duraciones y continuidades. De igual manera un hecho es político porque las fuerzas y poderes que lo producen hacen historia. Otra, en cambio es la historicidad y politicidad de aquellos hechos que sólo son históricos porque **tienen lugar en la historia**, son parte de sus secuencias y duraciones, pero no hacen historia rompiendo estas, clausurando continuidades e inaugurando comienzos de nuevos procesos.

Pero a pesar de que el terrorismo se presenta como el enemigo que el nuevo orden internacional de la globalización necesitaba, el que permitirá la monopolización de la violencia legítima y legitimación de su monopolio, para los enemigos del terrorismo este constituye un peligro y una amenaza absolutamente despolitizados; un enemigo pero no político. De igual modo que hay una resistencia a comprender y explicar el terrorismo como "hecho social", también se le niega el reconocimiento y tratamiento de "hecho político"; y porque no es un actor político el terrorista sólo puede ser sujeto de una militar y judicial destrucción. En tanto que enemigo "exte-

rior" a la globalización (nótese la paradoja!) habrá de ser globalmente condenado y eliminado.

Tal despolitización del fenómeno terrorista vuelve totalitarios los discursos contra el terrorismo e igualmente terroristas las acciones acometidas para su liquidación; la lucha contra el terrorismo adquiere legitimación a costa de correr el riesgo de convertirse en cruzada religiosa: "Dios está con nosotros", "quien no está con nosotros es terrorista", "los amigos de los terroristas son también terroristas", "no hay diferencias entre terrorismos todos son lo mismo"... Distinguir entre uno y otro terrorismo, establecer comparaciones, supondría reconocerles sentidos diferentes y también diferentes tratamientos, lo cual desbloquearía su total condena y su absoluta deslegitimación. Sólo la más completa negación de la más mínima politicidad en el fenómeno terrorista funda y legítima cualquier otro terror en la lucha antiterrorista, ya que nadie ignora el cambio de sentido y de tratamiento que impondría reconocerle una relativa politicidad¹².

Cuando un enemigo es despolitizado se vuelve absoluto y total, religioso, étnico o racial; cuando es una ideología moral, religiosa o de cualquier otro orden, la que determina la condición del enemigo y no su poder, entonces deja de ser un enemigo político para convertirse en culpable de su particular condi-

12 J. Freund no deja de citar al respecto la profunda intuición de Robespierre: "la virtud sin la cual el terror es funesto; el terror sin el cual la virtud es impotente" (*Sur les principes du gouvernement révolutionnaire*, III, p. 119), entendiendo el concepto en su sentido clásico y en su acepción republicana y maquiavelinana de "valor político"

ción (racial, religiosa o ideológica), y por consiguiente sujeto no de ser vencido o derrotado sino condenado y ejecutado¹³. Hay una radical diferencia entre el poder / enemigo político, incluso el investido en la guerra e incluidas las atrocidades cometidas por los soldados, de las que son culpables, de la violencia ejercida en nombre de una ideología (fundada en una religión, raza, clase social o upuesto principio cultural y civilizatorio). En este caso no se trata de combatir un enemigo porque es poderoso y peligroso, sino porque pertenece a una determinada categoría. Se trata en el fondo de una "moralización de la política" tanto o más perversa que la politización de la moral. Esta confusión de la moral y la política, que ha suscitado más problemas de los que ha resuelto y más horrores que no cesa de producir responde a la mayor necesidad de los hombres en creer más que de comprender¹⁴.

Pero un tal desconocimiento político del enemigo (del enemigo político) constituye además de por sí un acto te-

rrorista, capaz de desencadenar la peor consecuencia de la escalada terrorista de la venganza: combatir el terrorismo con el terror. Cuando el enemigo deja de ser político, no se le combate políticamente para derrotarlo, sino para castigarlos destruyéndolos, porque es malo", es "loco", o "fundamentalista". Por eso resulta tan necesario personalizar tal enemigo, en lugar de considerarlo un actor socio-político, representante de determinadas fuerzas, causas o intereses colectivos¹⁵.

La escalada terrorista entre el miedo y la venganza

Todos los teóricos del terror y la violencia advierten del extraordinario riesgo que comporta despolitizar o desacralizar la violencia, abandonando los parámetros de la legalidad y la justicia para entrar en el territorio de la venganza: "hacer del culpable una víctima sería completar el acto mismo que reclama la venganza, respondiendo estrictamente a las exigencias del espíritu

13 De todos los países "civilizados" y "occidentales" en el mundo, sólo dos Estados se permiten o bien "asesinatos selectivos" de sus enemigos, Israel, o cazarlos bajo la ley del Far West: "Wanted alive or dead", EEUU. Según Freund, "el no reconocimiento del enemigo implica generalmente la intención terrorista, porque el terror busca sus justificaciones más allá del poder político, en un fin que lo trasciende" (p. 499).

14 Y Freund añade que, quienes han defendido la esencia de la política descontaminada de la moral "los maquiavelianos, los hobbesianos y weberianos nunca gozaron de la audiencia de los profetas e inspirados en política. Y no hay peor ejemplo de moralización de la política que el pensamiento de los teóricos de la revolución, como Robespierre, quien nunca nombró a sus enemigos sin añadirles algún calificativo ético o moral. Cfr. *Sur les principes de la moral politique... Textes choisis*, Paris, 1958, t. III, p. 113.

15 De todos los calificativos lanzados contra Bin Laden, ninguno más desafortunado, por venir de un presidente republicano, que el de Chirac, quien el 6 de noviembre lo llamó "fou furieux" (loco furioso). Un lenguaje émulo del peor terrorismo jacobino.

violento... No se puede poner fin a la violencia por medios violentos. Así la violencia se vuelve interminable... de represalia en represalia" (R. Girard, p. 44) el recurso a cualquier medio, por muy terrorista que sea, para combatir el terrorismo, tiene el doble efecto de legitimar tanto el terrorismo que se combate como todo el que posteriormente se provoca. Más aún, la lucha contra el terrorismo puede convertirse en una ocasión y en el mejor de los pretextos para reforzar ilimitadamente, incluso más allá de cualquier legalidad, las fuerzas y poderes existentes, tanto como el recurso a la máxima violencia.

Hay que entender que el terrorismo no tiene por objeto emancipar nuevos poderes sociales y políticos, ni subvertir las estructuras de dominación y de gobierno, ni siquiera transformar las correlaciones de fuerzas o cambiar los escenarios políticos¹⁶. Todo lo contrario, y por eso el terrorismo además de ser opuesto a la revolución siempre fue considerado por los teóricos clásicos como antirrevolucionario, ya que el terrorismo tiende más bien al reforzamiento extremista de los poderes establecidos, al recrudescimiento de sus formas más represivas y autoritarias o crueles de dominación, a poner de manifiesto su totalitarismo e ilegitimidad, hacer evidente la intensidad de los aparatos represivos sobre los ideológicos del or-

den represivo. El objetivo del terrorismo, su gran hipótesis política, consiste precisamente en provocar el terror existente, pero oculto y disimulado, en una sociedad o en un orden mundial, activarlo hasta sus expresiones más extremistas, demostrando hasta donde puede llegar en su paroxismo destructor. Y en definitiva tiende a poner fuera de la ley y de toda legitimidad a los poderes establecidos, obligándolos a recurrir a procedimientos también terrorista en su lucha.

Lo que está en juego en la causa terrorista como en la antiterrorista es la recaída en el estado de venganza primitiva. Si bien es la justicia en una sociedad política, la que "transforma la venganza de sangre en castigo racionalmente ordenado" (*der die Blutrache in rational geordnete Strafe... verwandelt*: Weber, o.c., II, VIII, 2), la causa terrorista impugnaría tanto la justicia como la politicidad de una sociedad que produce violencia y terror, sin razones políticas ni la suficiente legitimidad, porque no hay **administración** posible de justicia sin un **ethos** justo. De otro lado, cuando la misma provocación terrorista de una lucha antiterrorista se muestra tan cruenta que empuja a ésta a una equivalente o mayor crueldad, a la larga consigue que se transgreda esa "racionalidad económica del derecho, que ha propiciado una idea de castigo no para saciar la sed

16 Las posiciones de los pensadores marxistas contra los terrorismos, tanto el espontáneo de las masas como el planificado o anarquista, se funda en que son antirrevolucionarios, ya que en lugar de promover nuevas fuerzas y otros actores políticos y sociales más poderosos, tienden al reforzamiento de los ya existentes, y porque "la actividad política posee su lógica", que faltaría al terrorismo (cfr. Lenin, *Qué hacer?*).

de venganza sino para compensar daños" (Weber, II, VII, 3): en este caso, la "justicia infinita" no es más que un eufemismo de la venganza¹⁷.

No es casual que el terrorismo haya identificado los EEUU como el protagonista tanto del orden mundial como de la violencia mundial, el más representativo responsable de una ética de los horrores en el mundo debido a su colosal acumulación de fuerza y riqueza, y la potencia capaz de liderar la mayor alianza bélica de toda la historia: una alianza antiterrorista global¹⁸. Nunca de hecho en todo el mundo la hegemonía militar de EEUU había contado con una alianza tan amplia y monolítica, ni las debilidades del orden mundial se habían reforzado tanto como sus actores desde los atentados del 11 de septiembre¹⁹.

Que los enemigos del terrorismo intenten y logren despolitizar el terrorismo, sirve para desconocer que únicamente la política sería capaz de contro-

lar el terror y los horrores de la violencia, y que cuando ésta queda despolitizada, llega a desatarse irreprimitible. El objetivo político del terrorismo, provocando el terror en sus enemigos, es obligarlos al uso del terror. El principal objetivo del terrorismo es la lucha antiterrorista, cuya escalada de terror ponga de manifiesto lo que pocos reconocen: el ethos de terror del mundo moderno.

Más allá de esta finalidad política, tres especificaciones parecen distinguir el terrorismo de las otras formas de violencia: la indiscriminada victimación de inocentes, la provocación y difusión del miedo y una cierta dramatización o teatral visualización de la violencia. Todas estas características del terror guardan entre sí una estrecha articulación política, y le confieren una adicional función simbólica. Escenificar la crueldad de una violencia que se cobra víctimas inocentes haciendo cundir el pánico: toda esta condensación de significantes por parte del terrorismo suscita tantas alar-

17 Muy sintomático que el primer eslogan de la guerra antiterrorista del gobierno de EEUU "infinite justice" fuera rápidamente sustituido por el de "everlasting freedom". Y no menos sintomático que la guerra antiterrorista haya comenzado reduciendo las libertades civiles en los mismos EEUU, ya que el fin justifica cualquier medio, de acuerdo a la más racionalista de las racionalidades.

18 En su obra, premonitoria en muchos aspectos, Ph. Engelhard se refiere abundantemente a "la violencia americana", citando mucha información del libro de A. Bauer & Emile Perez, *L'Amérique, la violence et les crimes. Les réalités et les mythes*, PUF, Paris, 2000.: "La represión tiene límites. Ciertamente la regla debe ser respetada. Pero rara vez se buscan las razones, por las cuales es transgredida..." (p.332).

19 George W. Bush pasó de ser un presidente deslegitimado por una cuestionada victoria electoral un peligro nº 1 de la opinión pública occidental por sus posiciones contra el Tratado de Kioto, la creación de un Tribunal Internacional de Justicia, por su incondicionalidad a favor de la pena de muerte, de las minas personales, y del neoarmamentismo antimisiles, por su abandono de la Conferencia Mundial contra el Racismo de Durban, para en pocos días convertirse en el Big Brother de todo el mundo y en el presidente Super Star.

mas como interrogantes. De qué lado están los inocentes en una guerra total? En qué medida, según el mismo discurso antiterrorista, las "víctimas inocentes" no son más que "daños colaterales", simplemente la maldad de los medios que conducen a un buen fin?

Pero no se puede pensar en las víctimas inocentes de los actos terroristas al margen de la dramatización de la crueldad y visibilidad escénicas. Todo ello contribuye para impactar el efecto aterrador que define el terrorismo²⁰. Mientras unos pocos miles de víctimas son celebrados con minutos de silencio por todo el mundo, muchos millones de otras víctimas mueren en el más mudo e invisible de los olvidos. La muerte de inocentes con su teatral crueldad es el principal dispositivo del terror, lo define y contradistingue de cualquier otra violencia, ya que el terrorismo consiste en la violencia perpetrada para amedrentar y aterrar.

En un mundo que paga los más altos precios por la seguridad, el miedo y el pánico se convierten en una de las ar-

mas más contundentes y letales, y cuando el miedo cunde masivamente y permea la cotidianidad de las personas, vuelve las vidas insoportables. Nada tiene de extraño, por eso, que el miedo conduzca a los actos más crueles e insensatos de violencia; ésta a su vez incrementa exponencialmente nuevos y mayores miedos, que repercuten en una creciente violencia, para aterrar aún más en una espiral terrorista. Y es que "para dejar de tener miedo los hombres necesitan amedrentar"²¹. Una secuencia lógica obligará a emplear todos los medios para combatir el terrorismo, recurriendo a una equivalente o superior crueldad amedrentadora exponencialmente superior. Las acciones terroristas del 11 de septiembre cumplieron su objetivo y tuvieron éxito al conflagrar todo el poderío del mundo en un solo bloque militar antiterrorista, poniendo de relieve la extraordinaria fuerza y el recurso a medios ilimitados tan represores (de libertades) como opresores y destructores.

20 El repertorio de víctimas inocentes de los diversos terrores en el mundo actual abarca desde el tráfico y trata de personas (mujeres y niños sobre todo) hasta las muertes por hambrunas, minas personales y guerras de todas las escalas, nutridas por la fabricación del armamento. Son millones las víctimas inocentes que mueren anualmente, sacrificados por el orden global, en el más sordo e invisible anonimato, sin un minuto de silencio de recuerdo o celebración.

21 "*mentre che gli uomini cercano di non temere, cominciano a fare temere altrui*" (Machiavelli, *Discursos*, I, 46). Es muy importante la distinción política entre el miedo, que destruye la vida personal de los individuos y su vida en común, y el temor. El temor es racional, el miedo obsesivo; "el temor es comienzo de la sabiduría y el miedo de la locura; el temor conduce a la legalidad y el miedo a la transgresión. Pertinente al respecto es la teoría del temor político en Th. Hobbes (*Leviatan*, c. XXXI), fundamental en su concepción del "pacto social". "Temer y atemorizar son dos contrarios que en política coinciden con frecuencia" (A. Tocqueville, *Souvenirs*, p. 106).

El terrorismo requiere una cierta teatralidad – y hasta una estética – para expresarse con mayor eficiencia. En la sociedad moderna tal dramatización escénica del terror se encuentra duplicada de manera surrealista por los “efectos especiales” del audiovisual. Pero el terrorismo conjuga una singular paradoja, ya que tratándose de una guerra encubierta y no declarada, a causa de su propia ilegitimidad, al mismo tiempo pone de manifiesto la espectacular apariencia de sus efectos, al mismo tiempo que deja encubiertos y en la mayor clandestinidad todos sus dispositivos y fuerzas. Su ocultamiento proporcional y correspondiente a su ilegalidad hace su peligrosidad tan latente como omnipresente, y sus efectos inesperados e imprevisibles tanto más espantosos. El terrorismo asume inevitablemente su ilegitimidad para contestar la legitimidad de las otras violencias, centrando su lucha y su apuesta política en aquel principio en el que se cifra la confrontación con sus enemigos: el monopolio y legitimidad del terror.

El monopolio de la legítima violencia

A esta cuestión última y decisiva se reduce la prueba de fuerza que confronta irreductiblemente el terrorismo y sus enemigos. Ya Weber había intuido la fundamental ambigüedad, tensión y fusión entre “monopolizar la legitimidad

de la violencia” y “legitimar el monopolio de la violencia”²². Se trata en realidad de un *concepto sintético* en el que todos sus elementos se resignifican y fundamentan mutuamente. Tal es el principio y la razón, según Weber, del Estado nacional y de toda comunidad política, donde no sólo se monopoliza la violencia y su legitimidad, sino también se legitima dicho monopolio de la violencia. Cuando Weber resume la substancia del Estado nacional en el monopolio legítimo de la violencia piensa en la articulación de un doble eje político: la supresión de toda otra posible violencia privada, de todo “derecho de venganza” entre particulares, junto con la capacidad de ejercer la protección y violencia frente a los enemigos exteriores (O.c., II, VIII, &1).

En las actuales condiciones de la globalización el concepto y representación de la *soberanía* de los Estados nacionales se ha modificado sustancialmente, cuando los enemigos pueden inter-, trans-, e intra-nacionalizarse, y cuando los conflictos bélicos no sólo se vuelven cada vez más “disimétricos” entre Estados y poderes militares cuantitativamente desiguales (EEUU vs. Irak) y “asimétricos” entre fuerzas cualitativamente desiguales (EEUU vs Bin Laden), sino que llegan a confundirse entre sí (para combatir a Bin Laden EEUU hace la guerra a Afganistán). Toda esta escalada de fuerzas y enfrentamientos con su

22 En sus múltiples referencias a esta cuestión Weber se refiere tanto al “legítimo monopolio de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente” (*Wirtschaft und Gesellschaft*, I, I, 17, p. 29) como a la “monopolización de la violencia legítima” la cual será producto de un desarrollo de la sociedad, correspondiente y equivalente a este (cfr. II, VIII, 2, p. 516).

exponencial incremento de violencias y terror, geopolíticas de geometrías tan variables, todo ello obliga a nuevos dispositivos legales y de legitimación.

El fenómeno terrorista no puede comprenderse ni al margen de la desnacionalización de los Estados de desestatalización de las naciones, con su consiguiente desmonopolización y deslegitimación de su violencia, ni tampoco al margen de las nuevas "disimetrías" y "asimetrías" entre los Estados/nación ya poderosos, pero extraordinariamente reforzados en su poderío por el nuevo orden global, mientras que esta misma globalización vuelve absolutamente inermes los países pequeños y débiles. El terrorismo es resultado de tales "asimetrías" y "disimetrías", convirtiéndose en la guerra de los pobres, militarmente débiles y políticamente inexistentes.

La alianza de todos los países más poderosos del mundo, con la unión de sus fuerzas armadas, en torno al liderazgo de EEUU en contra de uno de los países más empobrecidos y militarmente más debilitados del mundo, no responde a una cuestión de poderío bélico. Tal excedente armamentista frente a un enemigo tan inerte está poniendo en juego una cuestión de legitimidad: lo que busca y necesita no es sumar ejércitos sino la adhesión total e incondicionada, la fundación de un nuevo derecho. Hoy asistimos no sólo y no tanto a una nueva recomposición y redefinición del monopolio de la violencia en el mundo, sino más bien y sobre todo a una no menos importante y decisiva recomposición y redefinición de su legitimidad. Los grandes poderes económicos y tecnológicos de la globalización requerían un poder tan absoluto como

legítimo. De esta manera, frente a una violencia legítimamente monopolizada, y monopólicamente legitimada, toda cualquier otra forma de violencia es terrorista. Esta es la gran conquista político militar que los enemigos del terrorismo logran a partir del golpe del 11 de septiembre en New York. El nuevo orden mundial de la globalización, ya no se impone por su propia racionalidad, ética o bondad: un poder militar globalizado se constituye en garante contra cualquier posible enemigo o ataque, que automáticamente serán considerados terroristas.

Si el "monopolio de la violencia legítima" se constituye para suprimir el "derecho de venganza", dicho monopolio de la violencia legítima siempre correrá el riesgo y la tentación de ejercerse de tal manera, que aun sin quererlo se convierta de nuevo en expresión de ese primitivo "derecho de venganza". De esta manera se verificaría la *hipótesis terrorista*: conseguir que el monopolio de la violencia se deslegitime.

Poco importa que los medios y procedimientos empleados por la violencia legítima sean los mismos, mucho más masivos y cuentos y tan ilegales como los empleados por los terroristas: aquellos quedan automáticamente legitimados, porque son parte del monopolio de la violencia. Esto explica el actual frenesí legitimador de un monopolio y de la enorme discursividad invertida en monopolizar la legitimación en los usos de la violencia. Todo se resuelve y todo se reduce a un único criterio: quien posee el poder, sólo él está facultado de llamar, designar e identificar un terrorismo y los terroristas; en resumidas cuentas, denunciar quien es ese "otro" exterior y

enemigo del orden global, siendo tal orden el que enmarca y garantiza la legitimidad.

Ya Weber había entendido la fuerza de un proceso, aun cuando no hubiera previsto sus colosales alcances un siglo después: el poder del Mercado y su desarrollo se impondrán con tales exigencias de 'legitimidad' como de 'violencia': "tanto el poderío universal del Mercado constitutivo de sociedad como la misma extensión del Mercado exigen un funcionamiento del derecho *calculable* según reglas racionales y el monopolio y reglamentación de una violencia 'legítima' por medio de una institucionalización universal de la coacción" (II, I, & 3, p. 198).²³

En esta perspectiva y por estas razones se entiende mejor que tras la efectividad simbólica de los atentados terroristas del 11 de septiembre ("World Trade Center", símbolo del nuevo orden global y el "Pentágono", símbolo del mayor poder militar del mundo), todo un despliegue discursivo contra el terro-

rismo intenta revitalizar aquellos imaginarios culturales y civilizatorios, de más amplia interpelación en el mundo y de más largos arrigos históricos, y que al mismo tiempo sea capaz de ahondar la más profunda de las divisiones en un mundo global. De esta manera, y más allá del Norte / Sur, Este / Oeste, Desarrollo / Subdesarrollo, "Occidente" se ha convertido en esa nueva consigna mágica e imponente para encubrir todas las demás diferencias y profundizar la más imaginaria división del mundo global.²⁴

Conclusión: la hipótesis terrorista

Lo que hemos interpretado como *hipótesis terrorista* responde al supuesto ampliamente compartido de que un *etnos de terror* en el mundo se desarrolla y acumula de acuerdo a una simple ecuación: el colosal desarrollo de fuerzas productivas y de acumulación y concentración de riqueza produce, junto con una creciente destrucción física,

23 Cuando Weber pone entre comillas el término de "legítimo" (como hará también con el de "etnia") quiere significar la acepción sui generis o no conceptual e ideológica que debe atribuirse al sentido de dicho concepto. Y por eso distingue entre la versión latina y la germánica del mismo concepto: "*legitime*" y "*rechtmässig*".

24 No es el caso de discutir aquí la apropiación abusiva de aquel "occidente" del que Spengler había anunciado "el ocaso", ni mucho menos sus aplicaciones geográficas, que permitirían casi identificarlo en nuestros mapas, cuando ni siquiera los eruditos que creen que Occidente empieza en la Atenas del siglo V A.C. son capaces de entender lo que supuso para Occidente las civilizaciones mesopotámicas y del Cercano Oriente veinticinco siglos antes de Aristóteles. Lo que nunca hubieran pensado los teóricos de Occidente fue en identificarlo con EEUU ni siquiera con ese Manhattan, "inconsciente de la modernidad". Occidente fue siempre un programa civilizatorio, no identificado con ninguna cultura, sino abierto a todas las culturas, compartiendo lo mejor de ellas, sin establecer diferencias y discriminaciones entre ellas; en tal sentido Occidente nunca tuvo fronteras culturales, aun cuando muchos países, supuestamente "occidentales" transgredieran con frecuencia el programa de Occidente

una todavía mayor pobreza, siempre directamente proporcional al volumen de víctimas inocentes, excluidos y victimados por el orden global²⁵. De ahí el reconocimiento de que el terrorismo sea “un fenómeno que a través de los siglos ha ido aumentando constantemente su peso político”²⁶.

Al modificar la globalización los perímetros políticos de soberanía de los Estados nacionales, y en ausencia de bases jurídicas para refundar un monopolio de la violencia legítima a escala global, el nuevo ordenamiento económico del mundo necesitaba legitimar el monopolio de su fuerza contra cualquier enemigo “exterior” a dicho orden; un enemigo que sólo podía ser no político sino “terrorista”. Lo que en definitiva diferencia la violencia terrorista de la no-terrorista no es tanto la masa o crueldad de violencia empleada ni el volumen de las víctimas sacrificadas, sino el criterio de legitimidad, condición y efecto a la vez de su monopolio.

Hay en tal planteamiento práctico una flagrante contradicción aunque pase tan desapercibida: el monopolio de la violencia legítima sólo se justifica, según Weber, al interior de una comunidad política, de relaciones de poder y

fuerzas políticamente reconocidas, ya que tanto la función de dicho monopolio de legitimación de la violencia como la constitución de la comunidad política responden a la supresión del originario “derecho de venganza” propio de la violencia y comunidad “primitivas”. Cuando cualquier violencia queda despolitizada, el riesgo y peligro de recaer en la espiral de la venganza se volverá ineludible. Tal sería la lógica y la espiral en la que pueden quedar atrapados el terrorismo y antiterrorismo: la “venganza de sangre” en una sociedad tan despolitizada como reprimitizada.

Por eso, de hecho, la hipótesis terrorista sólo se verifica cuando provoca una reacción antiterrorista, cuyos excesos de violencia y efectos de víctimas inocentes, no hacen más que traicionar y acusar la ilegitimidad de un monopolio no político de la violencia. De ahí que resulte mucho más difícil luchar contra los terrorismos “internos”, dentro de una misma nación al margen de la ley, mientras que la posibilidad de “externalizar” el terrorismo permite combatirlo por medio de la guerra y más allá de toda legalidad, puesto que en dicho combate se legitima por sí mismo, mientras vengza, importando poco la

25 Baste una precisión al respecto: a medida que el desarrollo de las fuerzas productivas vuelve éstas cada vez más inmateriales, también inmateriales se vuelven las fuerzas destructivas, las cuales sin dejar de destruir una naturaleza física destruyen la misma naturaleza humana y social.

26 Luigi Bonanate, “Terrorismo político”, en N. Bobbio & N. Mateucci & C. Pasquino, *Diccionario de política*, Siglo XXI, México, 1995: 1768.

violencia de los medios empleados y el saldo de víctimas inocentes²⁷.

El carácter intensamente “demos­trativo” del terrorismo, muy espectacular en las acciones del 11 de Septiembre, pero también presente en la guerra antiterrorista contra Bin Laden y el gobierno talibán de Afganistán, resaltan la “violencia originaria”, que se arraiga más allá de la constitución estatal de la comunidad política, y cuya función es precisamente la de “vengar” las víctimas del terror ejercido por las autoridades y poderes legítimos, y en segundo lugar, la de “aterrar” a tales poderes y autoridades demostrando la debilidad de su poderío. Siendo este “valor demostrativo la condición para una inicial toma de conciencia” (L. Bonanate, o.c., p. 1568).

La otra alternativa a la verificación de la hipótesis terrorista es la repolitización de la causa terrorista, de las fuerzas investidas en su terrorismo y de las relaciones de poder que lo sostienen. Sólo repolitizando la estrategia a terrorista, reconociendo en el terrorista un enemigo político, al menos potencial, y en su lucha una causa política es posible iniciar una estrategia de pacificación entre enemigos, que puedan llegar a convertirse en adversarios políticos. No es su-

primiendo la violencia que se elimina el terrorismo sino politizándola. Durante décadas el gobierno británico combatió con medidas tan ilegales como terroristas el terrorismo del IR. únicamente a partir de una lenta politización de la causa del IRA, y de las mismas posiciones británicas y unionistas, se inicia la desmilitarización de las fuerzas en conflicto y el lento proceso de pacificación. Por eso mismo, la declaración de terrorista de la guerrilla colombiana por parte de EEUU bloquea e invalida todo proceso de negociación política, al despolitizar el conflicto²⁸.

Sólo racionalizando el terrorismo desde sus enemigos, pero también sólo racionalizando el antiterrorismo al margen de su lucha terrorista es posible llegar a conclusiones como la que piensa todo el fenómeno en su complejidad : “el terrorismo es quizás la única arma a que pueda recurrir el que quiera subvertir el orden internacional fundado en el llamado “equilibrio del terror”. En un mundo en que la guerra declarada se maneja según las reglas del derecho internacional bélico parece imposible que se pueda producir un cambio en el orden internacional si no es a través de formas irregulares de lucha” (L. Bonanate, o.c., p. 1570).

27 El gobierno socialista español, en la década de los 80 intentó combatir el terrorismo de ETA por medios ilegales y así mismo terroristas (caso Gal), lo que condujo al fracaso su lucha y a la deslegitimación al mismo gobierno. Por su parte el gobierno de EEUU, a pesar de errores de procedimiento legal, que hubo de revisar, mantuvo una cierta legalidad en el caso terrorista de Oklahoma y en la condena a muerte del culpable McVeigt.

28 Un proceso similar tuvo lugar con el terrorismo judío contra el gobierno británico hasta conseguir el reconocimiento político de un Estado israelí. Y parecido fue también el terrorismo palestino hasta el reconocimiento de su condición de movimiento político y su derecho a un Estado nacional en Palestina.

PROCESOS

revista ecuatoriana de historia

- La circulación de libros desde Europa a Quito en los siglos XVI-XVII
PEDRO JOSÉ RUEDA RAMÍREZ
Ascendientes y deudos de Juan de Salinas, gobernador de Yaguarzonglo
Y Pacamoros, en el linaje Loyola
CARMEN MARTÍNEZ MARTÍN
Mariana de Jesus en el siglo XVII, santidad y regulación social
CAROLINA LARCO CHACÓN
La "culpa de los amos". De la esclavitud a la esquizofrenia
Audiencia de Quito (s. XVIII y XIX)
JEAN PIERRE TARDIEU
Teoría histórica de González Suárez
CARLOS DE LA TORRE REYES
La profecía de la soledad (el discurso sobre la nación
y la simbolización de género en El laberinto de la soledad)
NATALIA CATALINA LEÓN GALARZA

DEBATES, RESEÑAS Y REFERENCIA

15

I-II SEMESTRES/2000

SUSCRIPCIONES

CANJE

Valor de las suscripciones bianuales
(cuatro números enviados por correo aéreo)
En Ecuador: \$ 20 00 USD
En América: \$ 40 00 USD
Resto del mundo: \$ 48 00 USD

Dirigirse a
PROCESOS, revista ecuatoriana de historia
CORPORACION EDITORA NACIONAL.

Roca E9-59 y Tamayo
Apartado Postal 17-12-886
Teléfono (5932) 2554358
Fax (5932) 2566340, Quito-Ecuador

Se acepta canje con otras
publicaciones periódicas

Dirigirse a:
Centro de Información
UNIVERSIDAD ANDINA SIMON BOLIVAR
SEDE ECUADOR
Toledo N° 22-80
Apartado Postal 17-12-569
Teléfono (5932)2221503
Fax (5932) 2508156, Quito-Ecuador
E-mail. biblioteca@uasb.edu.ec
http www.uasb.edu.ec